

# CONFERENCIA

SOBRE LAS MISIONES DEL

## CAQUETA Y PUTUMAYO

Dictada en la Basílica de Bogotá por el Ilmo. y Rvmo. Señor  
Obispo de Pasto D. D.

Leonidas Medina

El 12 de Octubre de 1914



BOGOTÁ

IMPRESA DE SAN BERNARDO—ATRIO DE LA CATEDRAL

1914

# CONFERENCIA

SOBRE LAS MISIONES DEL

## CAQUETA Y PUTUMAYO

Dictada en la Basílica de Bogotá por el Ilmo. y Rvmo. Señor  
Obispo de Pasto, D. D.

Leonidas Medina

El 12 de Octubre de 1914



BOGOTÁ

IMPRESA DE SAN BERNARDO—ATRIO DE LA CATEDRAL

1914

Excelentísimos e Ilustrísimos señores:

Los Honorables Miembros de la Junta de las Misiones, presidida por el Ilustrísimo Señor Arzobispo Primado, nos han hecho el honor de encargarnos de la conferencia que de años atrás se ha acostumbrado dictar sobre la obra que tienen a su cargo.

Si lo que se nos ha pedido hubiésemos de mirarlo humanamente, en verdad que hubiera sido deber nuestro excusarnos, tanto por la gravedad del asunto y el objeto que se persigue, como por el respeto que merece tan selecto auditorio, pues no hubiera dejado de ser temeridad, visto el corto tiempo de que disponemos y nuestras pocas aptitudes para llevar a término feliz la empresa que se nos ha confiado.

Empero, tratándose como se trata, de atender a la necesidad de fomentar las misiones y de cumplir un deber patriótico, hemos resuelto—como suele decirse—poner también nuestro granito de arena en esta magna obra, no sólo de utilidad para nuestra santa religión, sino también de grandes y magníficos resultados para nuestra amada patria colombiana.

Sabido es que la Iglesia es la gran civilizadora del mundo. Instituída por Jesucristo, y

representada por doce hombres humildes e ignorantes primero, mas luégo ilustrados por luz divina, aparece en el mundo con una misión desconocida hasta entonces, la misión docente, que es de origen divino para la Iglesia y constituye uno de los fines primordiales de su fundación y uno de los medios más eficaces para la regeneración del humano linaje.

«Id y enseñad a todas las gentes.» En virtud de tan expreso mandato, salen los Apóstoles del cenáculo ilustrados por el espíritu divino: así Pedro en su primer sermón convierte cinco mil personas, y Pablo enseña en Corinto, confundió en Atenas a los sabios del Areópago, y ambos anunciando la verdad en Roma, echan los primeros cimientos de la ciencia cristiana, la cual, aunque intentaron ahogar en la sangre derramada durante tres siglos de persecución, fue tanto mejor aceptada y difundida cuanto más fue perseguida y humillada por los altivos Césares romanos.

Los otros apóstoles se dispersaron por las diversas regiones del mundo conocido para enseñar la doctrina evangélica, y entonces la fe se difundió por los pueblos, y la ley del amor vino a hacer de todos los hombres una sola familia, la familia de Dios que, iluminada por aquella clarísima lumbre, despertó las inteligencias que yacían en las tinieblas del error, mientras que la caridad hizo de todos los corazones un solo corazón.

Pasada la época de las persecuciones, y alcanzada la libertad de la Iglesia de Cristo, no obstante los mil errores que suscitaron los hombres de mala voluntad primero, y la invasión de los bárbaros más tarde, continuó sin interrupción su misión docente alejando los males y abriendo nuevos rumbos a la civilización cristiana, sin dejar de extender y fomentar en los demás pueblos su acción benéfica, hasta conseguir el fin de su institución y el objeto que intentó su Divino Fundador. Sacó a luz la ciencia cristiana que los invasores del norte mantuvieron escondida por largos años en los claustros y monasterios, y de ahí la fundación de las universidades que, nacidas con Carlomagno, se prolongaron luégo en las celebérrimas de la Sorbona y Friburgo, Alcalá de Henares y Oxford, Cambridge, Ilderberg, Leipzig y Lovaina, y cien más de grata memoria.

Apuntado aunque a grandes rasgos cuanto la Iglesia ha hecho en pro de la civilización cristiana por los pueblos que demoran allende el océano, os ruego fijéis conmigo la atención en lo que ha realizado entre nosotros.

No intentamos narrar lo que ha hecho en América y más aún en Colombia desde los días de la conquista hasta los nuéstrs, porque, además de no pertenecer este asunto al plan intentado, nos parece superfluo. Pues, ¿cuál de vosotros no conoce la historia de un de Las Casas, o un Piedrahita? Quién no pronuncia aún con veneración los nombres ilustres de Fray



Cristóbal de Torres o Lobo Guerrero? Quién ignora cuántos de los colegios provinciales se deben al celo de virtuosos sacerdotes y abnegados religiosos? Y hoy mismo, ¿a quién se debe la Escuela Apostólica adyacente a esta suntuosa Catedral y el Instituto Agrícola que, como una hermosa realidad, se levanta al sur de esta capital, y más aún el establecimiento de la Honorable Junta de las Misiones que con grande celo trabaja por la civilización de tantos infelices compatriotas nuestros que, sin noción clara de Dios ni de patria, vagan errantes todavía a través de nuestras selvas vírgenes o a orillas de nuestros caudalosos ríos?

Repito que todo esto es conocido de vosotros y por ello creo inútil insistir; mas lo que sí no conocéis o al menos conocéis imperfectamente, es el estado actual de las misiones, menos aún en sus interesantes detalles, lo que estimo de grande necesidad, para que no sólo resalte la misión de la Iglesia en su carácter de maestra y civilizadora en todo tiempo, mediante la activa acción de sus hijos, sino más todavía el imperioso deber en que estamos todos de cooperar, cual más, cual menos, a esta santa obra que lo es de la Iglesia lo mismo que de nuestro católico gobierno y de todo cristiano.

\*  
\* \*

Vamos, pues, a ocuparnos brevemente en la misión del Putumayo y sin mayores digresiones, os diremos sencillamente algo que aunque ya consignado en documento público, vimos con

nuestros propios ojos y observamos detenidamente.

Se debe a la iniciativa del Ilmo. Señor Doctor don Manuel José de Caycedo, entonces Obispo de Pasto, la primera excursión al Caquetá y Putumayo, emprendida en 1894 por los RR. PP. Angel de Villaba y Francisco de Ibarra, misioneros capuchinos, y el R. P. D. Henrique Collins, Pbro., con el objeto de informar al Gobierno del lamentable estado en que se encontraba aquella región y de solicitar su apoyo para reducir y catequizar las tribus que poblaban aquel territorio.

Un año después, dos misioneros de la misma Orden, venciendo graves dificultades y trasmontando la cordillera que separa el departamento de Nariño del pueblo de Mocoa, donde se establecieron, haciendo prodigios de celo, empezaron la reducción de los indígenas fundando allí al efecto una incómoda residencia. Los buenos resultados alcanzados por estos misioneros los determinaron a establecer un nuevo centro de misión en los pueblos de Santiago y Sibundoy.

En 1905 creó la Santa Sede la Prefectura apostólica del Putumayo y Caquetá y fue nombrado para su gobierno el R. P. F. Fidel de Montclar, religioso capuchino, residente por aquel tiempo en España, quien en junio del año siguiente tomó posesión y se encaminó a dicho territorio para visitarlo.

De los sacrificios que impone una visita a aquellas incultas regiones, sólo puede formarse

idea quien las haya conocido; es propio de sus moradores al abrir las trochas que ponen en comunicación una tribu con otra, tomar por norte la sombra que proyectan los árboles en el suelo, o sus propias sombras, y ya sea porque no son capaces de comprender que mediante un rodeo pueden llegar a determinado punto, ya sea porque crean que economizan distancia siguiendo la línea más recta, ello es que sus caminos se elevan a grandes alturas o descienden a grandes profundidades, y no de cualquier manera, pues no pocas veces en ciertos trayectos rocallosos, les basta una pequeña cavidad donde apoyar la punta del pie o el calcañar para dar el paso, por lo cual son inaccesibles estos caminos a los que no están habituados desde mozos a transitarlos. Si las brechas abiertas en las peñas presentan tales dificultades, no las tienen menores las partes bajas y cenagosas, ya que allí le basta al salvaje colocar un trozo de madera de trecho en trecho y a regular distancia para saltar como ciervo, pero con el tino y la seguridad del ave que apenas roza la superficie del agua a fin de atrapar el pececillo y continuar su vuelo sin temer a la ola que pudiera hundirla.

Señores: Basta lo dicho para que os formeis idea de los esfuerzos que el misionero necesita realizar para conseguir el fin que se propone, pues no estando además acostumbrado a transitar por las trochas descritas, se ve obligado a viajar en los trayectos más difíciles a espalda de los indios, y en este caso se en-



cuentran no menores los peligros. Al efecto, se construye un aparato en forma de silla de la cual pende una pequeña tabla que horizontalmente recibe los pies del viajero, los que se atan a aquella para evitar cualquier movimiento que en esas difíciles circunstancias pueden hacer perder el equilibrio al carguero, en cuyo caso, rodarían ambos al abismo. El viajero yendo de espaldas, recibe en pleno rostro los rayos de un sol abrasador, como es el de aquellas comarcas, y en los ojos toda la intensidad de aquella viva luz. Y qué decir de los alimentos? Por lo general los indios repugnan el trabajo y, con excepción del plátano y uno que otro tubérculo, se contentan únicamente con lo que la naturaleza les ofrece: la caza en la montaña y la pesca en los ríos; y de ahí el que sus habitaciones se encuentren siempre en sus riberas; el misionero pues, tiene que someterse a este género de vida so pena de perecer de hambre.

El R. P. Prefecto Apostólico recorrió en el breve espacio de dos años el territorio confiado a su cuidado, venciendo las dificultades apuntadas y sin punto de reposo. Vista la imposibilidad en que se hallaba para llevar a cabo sus trabajos apostólicos por falta de vías de comunicación, emprendió por iniciativa propia la apertura y construcción del camino de Pasto a Sibundoy, sin otro apoyo que el de los indios de Santiago por el oriente, y los de la Laguna por el occidente, pues aunque varias veces llamó la atención de los gobiernos nacional y depar-

tamental y de muchos pueblos, por medio de publicaciones en las cuales ponía de manifiesto la necesidad de aquella obra salvadora para asegurar la integridad del territorio, se le correspondió con el más absoluto silencio, y sólo unos pocos colombianos contribuyeron con una suma reducida que se empleó en la compra de escasas herramientas. En otra que no hubiera sido aquella alma española, cuya acerada voluntad y encendido amor de Dios desafía los imposibles en este género de empresas, habría decaído ante tamaña indiferencia rayana en indolencia culpable. Mas no fue así, y antes bien demostró con la elocuencia de los hechos de cuánto es capaz la española energía.

Los misioneros continuaron haciendo inauditos esfuerzos hasta lograr abrir el primer camino que, si bien con algunos peligros, podía con todo recorrerse a caballo.

En este estado de cosas tuvo conocimiento el R. P. Prefecto de la invasión peruana al Putumayo y más interesado que nuestros mismos compatriotas, resolvió, venciendo gravísimas dificultades, trasladarse a la capital para informar al gobierno, y demostrar una vez más la necesidad de abrir prontamente el camino, tanto para hacer acto de presencia en el territorio disputado, como para hacer más fácil el tránsito de las fuerzas que habían de sostener nuestros derechos conculcados, si los justos reclamos fueran desatendidos. El señor General don Ramón González Valencia, investido por aquel

entonces con el carácter de primer Magistrado de la República, dio oídos a la serena información del R. P. Prefecto, y, convencido de la necesidad y conveniencia de los proyectos presentados al efecto, destinó la suma de \$ 40.000 oro para la continuación de los trabajos iniciados en buena hora para Colombia, por los abnegados misioneros capuchinos de Pasto.

Confiado el R. P. Prefecto en la suma ofrecida, deja la obra proyectada en manos del R. P. Estanislao de las Cortes, y en 1909 parte para Roma con el fin de informar a la Santa Sede del estado de la misión y hacer venir otros misioneros para la continuación de los trabajos. Regresa al siguiente año lleno de esperanzas y alentado con las bendiciones del Padre Santo y acompañado de ocho misioneros, se apresta a continuar la labor iniciada hasta llevarla a feliz término sin omitir los más penosos sacrificios.

Ya podréis imaginar, señores, cuál sería su pena y desilución y qué frío sentiría en su alma aquel fervoroso Prelado al ver negado el apoyo ofrecido por el Gobierno y que al vivo interés de pocos meses atrás había sucedido la más desalentadora indiferencia. Empero, puesta en Dios la confianza, viene de nuevo a esta ciudad y con el empeño tenaz de quien confía en los buenos resultados de la obra comenzada, no menos que de los graves males que podrían sobrevenir a nuestra patria en caso contrario, trabaja con insistencia demostrando una vez más



al gobierno la necesidad apremiante de tomar posesión de aquel territorio y las funestas consecuencias que vendrían para Colombia en caso de un culpable descuido, cosas ambas que hoy día todos vemos y palpamos, pues si los Padres no se hubiesen empeñado en continuar esta obra, Colombia no sería dueña de ese jirón del suelo patrio, vista la actividad con que avanzan las fuerzas peruanas. Estas razones movieron el ánimo del gobierno y alcanzó el Padre Prefecto la suma de 10.000 pesos mensuales para el mencionado camino.

Con esta base continuaron los trabajos en 1911 y en marzo de aquel año, el Gobernador del Departamento de Nariño comisionado por el Gobierno nacional recorría triunfalmente entre la algazara de los indios y vivas de los blancos, los ciento veinte kilómetros de camino amplio y resistente que separan a Mocoa de la ciudad de Pasto; camino abierto no obstante el hallarse los Misioneros cargados de deudas porque el Gobierno persuadido ya de la necesidad de tomar cuanto antes posesión del territorio, a la vez que urgía la pronta terminación del camino, no aumentaba la suma destinada para esta obra, insuficiente para sostener los mil seiscientos obreros que trabajaban diariamente.

\* \* \*

Para daros a conocer este camino prolongado hoy hasta Puerto Umbria, basta repetiros lo que en nuestra carta abierta dijimos al Ilmo. y Rvmo. Señor Arzobispo.



El viaje de Pasto a Santiago se hacía antes en tres días por la parte más alta de la montaña a pie o a lomo de indio con peligro de la vida, tanto por los precipicios que había que pasar como por lo fuerte del páramo que está a 4.000 metros sobre el nivel del mar, y en el cual, según nos informaron, no era raro el que muriesen algunos pasajeros por la intensidad del frío en las épocas de invierno. Hoy se va en ocho horas por buen camino de herradura de cuatro metros de ancho por la parte menos elevada de la cordillera y con relativa comodidad para los transeúntes. Al oriente de Santiago se encuentra San Andrés, población indígena también distante de aquella media legua y separada por el río Quinchoa sobre el cual se está levantando un magnífico puente de cal y canto, por cuenta de la misión. . . .

De Santiago a Sibundoy y de éste a San Francisco se recorren quince kilómetros de excelente camino plano de las mismas condiciones del primero.

A setenta kilómetros de Sibundoy se halla Mocoa; estas dos poblaciones se comunicaban antiguamente por una brecha transitada a pie o a espalda de indio con riesgo de la vida. Se nos informó que antes se empleaban cinco días para llegar a Mocoa.

El camino que hoy existe y que une las dos últimas poblaciones es a nuestro juicio la obra más notable que haya llevado a cabo la misión. De San Francisco se asciende a una

cordillera que está a 2.600 metros sobre el nivel del mar; y se descende por camino firme de tres a cuatro metros de ancho con un desnivel de diez a doce por ciento en las primeras pendientes, y de dos y medio kilómetros más o menos cada uno. Continúa después por el costado de la cordillera a la derecha del río Mocoa, hasta llegar a la población de este nombre, la cual está a 800 metros de altura. En todo este trayecto, con pocas excepciones, el camino está construido en la peña perpendicular en términos que hay partes en que los riscos vuelan sobre la cabeza del viajero. Es notabilísimo el trabajo a este respecto de las dos leguas y media llamadas «Vueltas de la tortuga.» Dijimos al principio que este camino es en nuestro concepto la parte más notable del trabajo de los misioneros, porque no obstante las dificultades que tuvieron que vencer para volar la roca granítica en una extensión de tres leguas y media, hallamos un camino bien trazado de ascensos y descensos regularizados y de suficiente amplitud para la conducción de cargas, aun en los lugares de encuentro. Podemos asegurar que dicho camino es el mejor de la República en su clase, y nos creemos con autoridad para afirmarlo, porque la hemos recorrido en el ejercicio de nuestro ministerio, desde el interior del Departamento de Santander hasta los límites con la frontera del Ecuador, y desde los Llanos de San Martín hasta el puerto de Buenaventura.

De Mocoa a Puerto Umbria sobre el río Guineo hay cuarenta kilómetros con ligeras alturas y depresiones hasta el sitio de Urcusique, de donde continúa el camino por el valle montañoso, llevando esta sección cinco metros de ancho el centro, con un desmonte de veinte metros por lado, formando así una hermosísima avenida de cuarenta y cinco metros de latitud por entre aquella montaña virgen, de árboles gigantescos de apretado follaje que se levantan a treinta o cuarenta metros de altura por más de ciento cincuenta centímetros de diámetro.

Hasta aquí el camino abierto por la labor perseverante de los misioneros, restando aún por construirse para llegar por tierra a Puerto Asís, sesenta kilómetros. Una vez terminado este trayecto se acortaría notablemente la distancia de Pasto a dicho puerto, y más aún si se macadamiza, se abren cinco curvas, y se hacen dos variantes para moderar el fuerte desnivel que se desarrolla en el corto espacio de ciento cincuenta a doscientos metros de extensión.

Es sabido que Puerto Asís dista de Mocoa veintiuna leguas, y vista la velocidad media de un automóvil, que es de seis leguas por hora, el viajero podría llegar del interior del Departamento a Puerto Asís en tres días y cuatro horas, contando los tres días que se emplean en caballería por el camino de la montaña.

A esta corta distancia podría estar hoy día Pasto de aquel puerto, si en mala hora no se hubiesen suspendido los trabajos y quitado



la administración del camino a los misioneros, ya que seis meses habrían bastado para haber consolidado definitivamente lo construido hasta Puerto Umbria y llevado el camino hasta Puerto Asís, asiento de la colonia militar. Hemos dicho, en mala hora, porque a la economía de tiempo habría venido a juntarse la de los gastos, tanto por la dificultad de reanudar posteriormente los trabajos, como porque, según datos que tenemos a la vista, el camino en referencia, incluyendo ciento cincuenta quintales de dinamita empleados en volar dos leguas y media de roca granítica, ha costado al Gobierno sólo la módica suma de \$ 1.40 el metro lineal: a la vez que el camino de Florencia sobre el Caquetá, sin tener que luchar con tantas dificultades, le cuesta \$ 2.80 el metro lineal.

\* \* \*

Veamos ahora, siquiera sea brevemente, lo que es Puerto Asís en la actualidad. La población está fundada en la banda izquierda del río, a cuatrocientos ochenta metros sobre el nivel del mar; el promedio de su temperatura oscila entre 28 y 30 grados; su posición topográfica es muy hermosa: rodeada por un muro de espesa montaña aparece ligeramente inclinada sobre el río; los caños que la atraviesan tienen el suficiente desnivel para su desagite; las casas de la misión son de madera y bien construidas, lo mismo que las que pertenecen a la guarnición. El Putumayo se extiende en este lugar hasta 320 metros de latitud por tres de profundidad



en verano y sin peligro alguno para la navegación de Puerto Asís al Amazonas; es además rico en pescado por su calidad, cantidad y variedades. Vimos, por ejemplo, un hermoso bagre cogido en uno de aquellos días que pesó siete arrobas, tres libras; y a nuestro regreso, a pocos minutos de botado el anzuelo, uno de los bogas que nos conducía nos presentó un pez de quince libras de peso.

A invitación del R. P. Prefecto recorrimos una parte de las ciento treinta hectáreas que tiene cultivadas para proveer de alimentos a sus obreros y a los colonos a quienes facilita de este modo los medios de subsistencia mientras desarrollan sus industrias y establecen sus trabajos.

La exuberancia de aquella tierra es sorprendente: basta saber que el arroz puede producir de tres a cuatro cosechas anuales; otro tanto puede decirse del maíz; el plátano y la caña de azúcar están en sazón antes de nueve meses y esta última es de tal modo jugosa que una porción de dos o tres metros de longitud produce un litro de líquido; tiene la misión ya algunos potreros empradizados con la mejor clase de pastos conocidos y en ellos mantienen algunas cabezas de ganado, que merced a laboriosos y difíciles esfuerzos han logrado conducir en balsas y canoas por el río Putumayo. De este se sirve para mover un trapiche americano que provee de dulce a los colonos de la misión. Venciendo los grandes obstáculos que presentan

las quebradas y hondonadas de la doble cordillera que separa a Barbacoas de la hoya del Putumayo en una extensión de seiscientos kilómetros aproximadamente, introdujeron los misioneros, a hombros, una máquina de vapor de doce caballos de fuerza, destinada a mover una grande aserradora y los trapiches para suministrar madera y dulce a los moradores de Puerto Asís. Cuánta sorpresa causa al viajero que penetra en aquellos extensísimos bosques, enantes habitados por fieras, poblados por tribus salvajes y en parte asolados por bárbaros mercaderes, contemplar hoy que al rugido del tigre, al silbido de la serpiente y al agreste grito de las aves salvajes, ha sucedido el pito del vapor y el ruido de las máquinas que anuncian a los cuatro vientos que las fieras han desaparecido, que el salvaje ha entrado en la vida civilizada y que los crueles mercaderes han abandonado el sangriento teatro de sus maldades a los apóstoles del Cristo, en cuyo nombre llevan en una mano la cruz redentora y las bendiciones del cielo en la otra; palabras de paz en sus labios, y en el corazón la ardiente caridad que por la salvación de las almas los lleva a consumir el sacrificio.

Hemos hablado de los caminos de Puerto Asís y de sus industrias; veamos ahora los adelantos en la catequización y educación de los indios.

Desde Santiago hasta Puerto Asís no se presenta hoy un solo idólatra: el progreso en la instrucción primaria es sorprendente. Educa

la misión seiscientos sesenta y cuatro niños y seiscientas cuarenta y dos niñas, hijos de indios, más doscientos blancos, hijos de colonos; de manera que con excepción de éstos, hoy se elevan al cielo de entre aquellas selvas, mil trescientas seis voces infantiles entonando las alabanzas al Dios antes desconocido para ellos, y ocho mil voces de los indios que forman las tribus, para saludar con el himno nacional a su patria antes ignorada.

Aunque la misión no hubiera realizado otros adelantos, basta lo que acabamos de decir para despertar en nuestras almas la gratitud a que son acreedores aquellos que abandonando patria, familia y comodidades y aun con mayor interés que el que tuviéramos nosotros, llevan la civilización cristiana y el progreso a aquellas incultas montañas, sin más recompensa que la de Dios en lo divino, y la ingratitud y la indiferencia de parte de los hombres, en lo humano.

Las escuelas están bajo la dirección de los Hermanos Maristas y de las Reverendas Madres Franciscanas, religiosas de los cantones de la Suiza alemana. Los adelantos alcanzados son admirables: la mayor parte de los alumnos hablan el castellano, saben leer y contestan con propiedad a las preguntas que se les hacen en las materias que han cursado; recitan regularmente composiciones en prosa y verso. Nos llamó especialmente la atención un juguete cómico interpretado por los indiecitos de Sibundoy en



obsequio nuestro, por la desenvoltura y propiedad con que desempeñó cada uno su papel. Sorprende mucho el adelanto que han alcanzado en horticultura: los Hermanos y las Madres franciscanas presiden los trabajos de los niños y niñas respectivamente, desde el desmonte y preparación del terreno, hasta la cosecha de los frutos. Y en verdad que no hemos visto en ninguno de los cultivos de la Sabana de Bogotá mejores legumbres que las de Santiago y Sibundoy. Para formar idea clara del progreso en la educación de los indios, es preciso ver y oír y saber además las dificultades que tienen que vencer, y el trabajo que se imponen los directores, para obtener tales resultados. Los padres se oponen tenazmente a que sus hijos concurren a las escuelas, entre otras preocupaciones, porque temen que pierdan sus costumbres, o como dicen ellos, se hagan blancos. Y los niños se resisten porque habituados en esa edad al ocio y la vagancia, repugnan todo trabajo, más aún el que exige mayor atención.

Los directores para vencer estos prejuicios y dificultades, se ven obligados a ir de choza en choza, buscarlos en sus escondites, acariciarlos, regalarlos, y muchas veces llevarlos en brazos, dándoles sal y dulces de que gustan mucho y son uno de sus mejores atractivos.

Entre los mayores goces que disfrutamos en estos inolvidables días, contamos aquellos en que vimos cuánto habían adelantado en la piedad cristiana todos los indios, grandes y pe-



queños, pues además de oírles recitar con propiedad y fervor las oraciones de la mañana y de la tarde, vimos acercarse a la Santa Mesa más de cien indiecitos de uno y otro sexo, con grande atención y profundo recogimiento, el día que celebramos el Santo Sacrificio por los Padres misioneros y por el éxito de sus apostólicas labores.

Las emociones que embargan el espíritu en tales actos religiosos son indescriptibles.

\*  
\* \*

Cuando en días no lejanos nos veíamos aquí bajo la suntuosa cúpula al pie de aquel artístico altar y delante del piadoso calvario que se levanta en su centro; cuando con los incensarios de plata en las manos perfumábamos la Sagrada Mesa sobre la cual debía inmolarsse Nuestro Señor Sacramentado; cuando con santo temor mezclado de dulce confianza contemplábamos en nuestras indignas manos la blanquísima hostia y el áureo cáliz que guardaban el cuerpo y la sangre de Nuestro Divino Redentor; cuando el órgano dejaba oír sus armonías, o los truenos de las trompetas estremecían las bóvedas de esta catedral y en fin, cuando en torno nuestro veíamos centenares de almas que asistían a los divinos oficios, y por quienes con grande interés implorábamos las bendiciones del cielo, en ese entonces qué de goces, ternezas y consuelos inundaban nuestro espíritu con afectos que, aunque atenuados con

arideces y sequedades que hacían de nuestro corazón tierra seca y sin agua, se reanimaba, por obra de la divina gracia, para adorar al Señor oculto con fe más viva y caridad más ardiente.

Permitidme, señores, evocar estos gratísimos recuerdos y traer a la memoria, en este día, el que guarda aún mi alma de este santo templo, de mi amado maestro y hermano el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo, de mis inolvidables colegas del coro y de las almas a quienes desde entonces hubiéramos querido llevar al cielo; y habréis de permitirme este mismo recuerdo como un paralelo que revele mejor mi pensamiento.

Las emociones que intento daros a conocer y que el mundo no conoce, pero que para las almas de fe son realidades que llenan el corazón de goces inenarrables afirmándolo más y más cada día en el servicio de Dios, cómo se multiplican y cómo aumentan en intensidad con la celebración de los divinos misterios en el seno de nuestros bosques.

En efecto: no fue en una catedral, menos aún en una Basílica donde celebráramos los augustos misterios de nuestra santa religión; antes bien en una rústica capilla pajiza, sostenida por cuatro maderos cuyos lados están cubiertos con tablillas de bambú o crudo barro. En el centro se eleva un tosco altar adornado con flores campestres, y en medio, sobre el oscuro fondo de la pared, se destaca la imagen de Cristo, de dimensiones naturales, carcomida ya por el tiem-

po, las influencias del clima y la intemperie; pero fiel testigo de los heroicos hechos en épocas lejanas por los primeros misioneros que penetraron a las regiones del Caquetá y el Putumayo. A los pies de esa veneranda imagen de tantos y tan grandes recuerdos se inclina el sacerdote, se signa con la diestra y da principio al tremendo sacrificio del altar. En torno suyo se arrodillan tres o más centenares de indios cubiertos de pobres y escasísimas ropas pero con una alma blanca, revestida con la brillante vestidura de la divina gracia. Allá no hay incensarios de plata, ni balsámico humo que perfume el altar; pero sí hay flores que perfuman aquel humilde recinto. No hay órgano que llene con sus voces las naves del templo; más sí hay una voz argentina y suave, semejante al sonido de una flauta, que rompe el silencio y crece paulatinamente hasta producir en la variedad de sus notas un himno piadoso. Es la voz de una virgen, de una esposa de Cristo que, abandonando patria y familia, las comodidades y encantos de los centros europeos, y aun ocultando para siempre el nombre de noble linaje, se ha sepultado entre aquellas selvas, sometiéndose a toda clase de sacrificios por amor de Dios y por salvar las almas.

Aquella dulce voz, tímida y débil al principio, se hace más fuerte y sonora, hasta que robustecida por la de dos o tres religiosas más, y un centenar de voces infantiles, sube al cielo entre el piadoso coro de la misión, cuyas armonías



repite las montañas y se pierden en el espacio, diré mejor, no se pierden, sino que al extinguirse en las montañas llegan al trono de Dios que las bendice y devuelve como lluvia benéfica de gracia.

Llega por fin la hora de la elevación: profundo silencio reina en aquella morada; silencio interrumpido solamente por el tañido de la campanilla que anuncia la real presencia de Jesucristo, el dulce trinar de la avecilla que anida en el alero, y la discreta voz del indiecito que adora a Dios allí presente.

El espíritu se transporta entonces hasta la gruta de Belén: contempla al Dios Niño rodeado de humildes pastores, con la diferencia que en vez de llevar las piadosas ofrendas de que nos habla la tradición, los indios le llevan tan sólo la ofrenda del corazón, recibiendo en cambio el sumo dón: Jesucristo Nuestro Señor.

Qué hondas emociones llenan el alma cuando Dios mismo está entre las manos del sacerdote o le contempla sobre el albo corporal; cuando siente en su alma las influencias del divino misterio y más aún, cuando se siente rodeado de la presencia real como el pez en el agua, y penetrado de ella como el cristal por brillante luz. Con qué palabras podrá explicar los goces y consuelos, las dulzuras y encantos que le cautivan, cuando al volverse de frente a los indiecitos con el eucarístico Sacramento en las manos les contempla anhelantes, humillada su frente y juntas las manos o cruzadas sobre sus pechos virginales.



Con estas santas disposiciones reciben al Señor; con qué fe lo adoran, con cuánta caridad le aman; parece que los ángeles guardianes reverentes los cubrieran con sus alas. . . . Y después, después, señores, los que enantes carecian hasta de la noción de Dios, lo reciben en su seno y se retiran luego a sus faenas a disfrutar en medio de ellas de las delicias de los que gozan de la caridad de Dios, y de la paz de los que viven en su santa ley.

Termino, señores, llamando vuestra atención al deber que todos tenemos de apoyar decididamente esta misión; y digo esto porque es bueno, santo y justo, porque si bien debemos apoyarlas todas, señaladamente ésta por la circunstancia de que aquí el menor descuido, pone en peligro la integridad nacional, pues además de que fuerzas enemigas ocupan ya una parte de nuestro territorio, la invasión puede continuar su marcha, y nuestra indiferencia en este caso, sería criminal.

—Por tanto la Iglesia, el Gobierno y los colombianos todos sin distinción, estamos obligados a trabajar en este sentido, porque pesa gravísima responsabilidad si descuidamos tan sagrado deber.

En cuanto a la Iglesia, sabéis vosotros que hasta el día nada ha omitido de cuanto debiera hacer; el Gobierno es verdad que ha trabajado, pero necesita aún desplegar mayores energías, y de modo que resulten mejor organizados sus trabajos; corresponde en tercer lugar a los colombianos todos, pero de manera generosa, decidida

y constante para que la acción sea eficaz. Este es deber que nos impone la religión y la patria; pues si es deber nuestro extender la mano al desgraciado que en demanda de pan golpea a nuestras puertas para satisfacer el hambre que le acosa y cubrir su desnudez, ¿a qué estaremos obligados para con los que por ignorancia no saben pedir, o que por estar distantes de nosotros, se hallan olvidados del mundo civilizado y lo que es peor aún, tal vez hasta perseguidos y esclavizados por hombres sin corazón?

Hace apenas once años que fue desgarrada nuestra patria y arrebatado un precioso jirón de nuestra bandera; y desde años atrás se nos disputa con injusta tenacidad el derecho sobre otra parte de nuestro rico territorio. La causa de uno y otro mal, triste, tristísimo es decirlo, ha sido las guerras intestinas y la indolencia en que hemos vivido hasta el presente; y si lo primero es reprochable, considerando lo justo de nuestro derecho divina y humanamente, lo segundo es antipatriótico, es un crimen. Pero a Dios gracias, la Iglesia que es fiel guardián de los intereses sobrenaturales de sus hijos, también defiende y ampara los derechos humanos. Y así, mientras nosotros vivíamos en el olvido y la indolencia, uno de los misioneros al tener noticia de la invasión de nuestro territorio por fuerzas extrañas, da la voz de alerta al Gobierno, y ya dijimos con cuánta insistencia trabajó hasta lograr que se atendiese su reclamo, salvando así, si no toda la integridad nacional,

al menos una parte muy importante; pues nadie ignora que quienes prevalidos de nuestro olvido, usurparon parte de nuestro territorio, habrían avanzado también fácilmente sobre lo demás.

Continuar mirando las ricas regiones del Putumayo y Caquetá con tal indiferencia, no es cristiano ni patriótico: no lo primero, porque el amor a la patria, es una virtud que ha preconizado la Iglesia con la beatificación de Juana de Arco; no lo segundo, porque aunque se considere sólo humanamente esta virtud, sería inculcable tal abandono; y así como sería criminal el hijo que viendo abofeteada y robada a su madre, no concurriera a su defensa, así no merecería el dictado de bueno quien permanece indiferente viendo ultrajada la patria, nuestra segunda madre, y en peligro de ser arrebatada una parte de nuestro suelo.

Mirad lo que pasa actualmente en el viejo mundo. Cinco naciones, como leones enfurecidos, lanzándose unas sobre otras, se desgarran las entrañas en defensa de reales o pretendidos derechos. Pues bien: nosotros sin estar a la misma altura de civilización y de cultura, hemos de probar al mundo entero que no son las armas el medio civilizador de reivindicar nuestros derechos conculcados, sino la pacífica posesión de nuestro territorio: edificando y no destruyendo. Empero para edificar se hace necesaria la cooperación general. ¿De qué manera? Permitidme citaros un ejemplo conocido de vosotros: Cuando



a la católica Isabel se le anunció la posibilidad de descubrir un nuevo mundo, y esta gran reina comprendió el engrandecimiento que de tal acontecimiento había de resultar para su patria, se desprendió de cuanto poseía, y más aún se despojó de sus reales joyas para ayudar la empresa de quien le prometía realizar sus nobles aspiraciones, y ya sabéis que este acto de desprendimiento dio a España un nuevo mundo.

Y, hecho providencial! Celebramos hoy el día del descubrimiento de América: uno de los más clásicos de nuestra historia, en que la Providencia ofrece a los poderosos de Europa campos ilimitados donde extender sus dominios, para llevar, en su nombre, la fe y la civilización a pueblos incultos. Hoy, en memoria de este hecho sin igual en la historia, y en recuerdo de los que sacrificaron sus más caros intereses por darnos religión y patria, venimos a pedirnos, señoras, no las ricas joyas que brillan en vuestras cabelleras, ni a vosotros, señores, los collares, anillos y brazaletes que adornan a vuestras madres, esposas y hermanas, aunque bien pide nuestra amada patria el sacrificio de una parte, al menos, de estas riquezas. Pero venimos a pedirnos cercenéis siquiera algo de lo superfluo en beneficio de tan grandiosa obra.

Vosotras matronas, formad asociaciones como las habéis formado con otros laudables fines, organizadlas en decurias y centurias para hacer colectas mensuales; pues de este modo no sólo facilitaréis el hacer el bien a los pró-



jimos, sino que también seréis cooperadoras eficacísimas de quienes han acometido estas empresas. Vosotros, señores, tendréis por campo el apoyo decidido que debéis prestar a la Junta de Misiones, con vuestros donativos, con vuestras influencias personales y oficiales, con vuestros talentos, por la prensa y por todos los medios que sugiera la caridad cristiana y el espíritu público.

Además, nuestro entusiasmo debe ser tanto mayor cuanto más grandes son los frutos alcanzados. Ya sabéis los progresos obtenidos por los misioneros, según nuestra «carta abierta» al Ilmo. y Rvmo. Señor Arzobispo y por lo que acabamos de decir. Pues bien, ahora me es muy satisfactorio, poner en vuestro conocimiento que el celo de los misioneros ha despertado tal atractivo en los indios que, lejos de huir como lo hacían antes, hoy muchos de ellos, desde las márgenes del San Miguel y el Aguarico, traen sus hijos al Orfanato que a costa de grandes sacrificios sostiene en Puerto Asís las abnegadas Madres Franciscanas. Pero señores y señoras: ¿dónde está el pan para alimentarlos? ¿dónde los vestidos para cubrir su desnudez, si vosotros no enviáis lo uno y lo otro?

Ha llegado para nosotros la hora de poner a prueba nuestro patriotismo y de demostrar con hechos reales las palabras y los sentimientos, diré mejor lo que pensamos y sentimos con relación a nuestros deberes de ciudadanos católicos y sinceros patriotas.

† LEONIDAS  
Obispo de Pasto